a su general; y porque eran hombres prudentes y que luego conocieron su yerro. Llegaron a Tacuba; halláronla despoblada; aposentáronse en las casas del señor; y aunque era tarde, los tlaxcaltecas dieron una vista a Mexico y pelearon tres horas con los de la ciudad. Otro día los capitanes acordaron que se quitase el agua a la ciudad y fue el uno de ellos al nacimiento de ella con veinte caballos y mucho número de indios; y aunque halló gran resistencia y se peleó mucho, se rompieron los caños de madera, guarnecidos de cal y canto, por donde iba el agua y así quedó sin ella, con harto daño y sentimiento; y en este mismo día, los dos capitanes, hicieron aderezar muchos malos pasos, puentes y acequias, al rededor de la laguna, para que los de a caballo pudiesen, libremente, correr a una y otra parte; y habiéndose ganado algunas trincheas, en pasos fuertes y peleando cuatro días con los mexicanos, en los cuales hubo muchos desafíos, con los de Tlaxcalla y muchas injurias, que unos a otros se decían, Christóbal de Olid pasó a Coyohuacan. Salió otro día con veinte caballos, algunas ballestas y siete mil tlaxcaltecas, a dar una vista a la calzada que está entre Mexico y Itztapalapan; halló los enemigos muy apercibidos; rota la calzada y puestas muchas albarradas o trincheas; peleóse bien de ambas partes y esto se continuó siete días; y una noche llegaron a gritar ciertos mexicanos sobre las centinelas de los castellanos; tocaron al arma, salieron a ellos y no hablaron a nadie; pero estúvose con gran cuidado.

CAPÍTULO XC. *Que en Mexico se determinaron de continuar la guerra, y las victorias que tuvo Fernando Cortés en la laguna y en las calzadas*

IENDO EL REY QUAUHTEMOC que sus enemigos se le iban acercando y que se apretaban de veras las cosas de la guerra, determinó de juntar a los señores y capitanes que había en Mexico; y después de haberles representado el estado en que se hallaban, las muchas provincias que le habían desamparado, y confederádose con los enemigos, el hallarse sin agua y que convenía hurtar con canoas la que bebían, la fuerza de los bergantines, los pasos tomados, los peligros y miserias que esperaban por sustentar la guerra, propuso que le diesen su parecer sobre mantenerla o hacer la paz, porque entendía que Fernando Cortés la deseaba; muchos la persuadían. Los mancebos y gente gallarda quería la guerra; otros decían que cuatro castellanos y muchos indios que tenían presos se detuviesen en no sacrificarlos, para con su medio, algunos días después, si se viesen en aprieto, hacer la paz y que no se apresurasen en ella; otros, en ninguna manera querían, sino que con muchos sacrificios y oraciones se encomendasen a los dioses, cuya causa se trataba, confiando en su bondad, que no los desampararían; y prevaleciendo esta opinión se mandó luego sacrificar los cuatro castellanos y cuatro mil indios, según la común opinión; y que he-

cha la oración, el demonio persuadió al rey, que no temiese, pues que los castellanos eran pocos y mortales y que los tlaxcaltecas no perseverarían en el cerco, que animosamente se defendiese, que él le ayudaría. Y mostrándose Quauhtemoc muy alegre, mandó fortificar muchas partes de la ciudad, alzar las puentes, armar cinco mil canoas y meter bastimentos; y en esto andaba cuando Christóbal de Olid le combatía por su cuartel. Decían entonces los mexicanos: malos hombres, pagaréis vuestra locura; aplacaremos a los dioses con vuestra sangre y la beberán nuestras culebras y de vuestra carne se hartarán nuestros tigres y leones, que ya estan cebados con ella. Llamaban a los tlaxcaltecas infames esclavos, traidores, pues sois tan locos, que comeremos de vuestras carnes; tomad esos brazos y piernas de los vuestros, que hemos sacrificado, y arrojábanlos, afirmando que no pararían hasta ir a su tierra y asolarla sin dejar hombre ni mujer en quien reviviese su mala casta. Respondían los tlaxcaltecas que les valdría más darse que porfiar contra los que siempre los habían vencido; y que no amenazasen como mujeres, que si eran tan valientes como presumían que hiciesen y no hablasen, pues ya era llegado el fin de sus maldades, que al cabo serían todos destruidos sin que entre ellos quedase cosa viva, si con tiempo no mudaban parecer.

Era Xicotencatl capitán de sesenta mil tlaxcaltecas y tocóle ir con Pedro de Alvarado. Sucedió que los castellanos descalabraron a un caballero, dicho Piltecuhtli, su primo hermano, sobre cargar a otro indio; y Alonso de Ojeda lo apaciguó de presto, porque, sin duda, si Fernando Cortés lo supiera, ahorcara a los castellanos, según era de severo y deseoso de que se guardasen sus instituciones y buena disciplina; y el mejor medio para sosegarla fue dar licencia al descalabrado para que se volviera a Tlaxcalla; cosa que muchos, cansados de la guerra, deseaban. Súpolo Xicotencatl; y dicen algunos que, por amores de una dama, envidioso que el otro hubiese vuelto a la tierra, se descabulló con algunos amigos. Otros afirman que lo hizo con mal intento, para llevar tras sí la gente, como el que nunca había querido bien a los castellanos. Pedro de Alvarado le echó luego manos; avisó a Cortés y sintiendo mal de el negocio despachó a Ojeda y Márquez a Tlaxcalla para que prendiesen a Xicotencatl y a los demás caballeros que hubiesen vuelto; y cuando lo prendieron dijo que ¿por qué no prendían a Piltecuhtli? Respondieron que aquél se había ido a curar y con licencia; con todo eso, también le llevaron preso y en llegando a Tetzcuco, mandó Cortés ahorcar a Xicotencatl, en una horca muy alta y que el intérprete dijese, en alta voz, la causa de su muerte; y aunque orgulloso y valiente, murió con poco ánimo. En muriendo llegaron muchos indios a tomar la manta y el mástil, que es una faja ancha, que servía de bragas, como almaizal y el que llevaba un pedazo creía que llevaba una gran reliquia. Atemorizó mucho esta muerte a todos, por ser este indio persona muy principal y señalada; y acerca de su prisión se halla que Fernando Cortés escribió a la señoría de Tlaxcalla, quejándose de Xicotencatl, diciendo que el delito que había hecho entre los castellanos era digno de muerte; y que la señoría dio brazo a Ojeda y Márquez para que le prendiesen; y que la república

respondió que entre ellos tenían la misma pena; y así es de creer que sin autoridad de la señoría, ni pudiera ser preso ni Cortés le ahorcara. Piltecuhtli pasó también peligro, porque Cortés le mandó ahorcar y Alonso de Ojeda le defendió, diciendo que él le había dado licencia, al cual reprehendió mucho Cortés, porque le había traído en son de preso, ya que le dio licencia y con todo eso pareció que Cortés se puso en gran riesgo, por la muerte de Xicotencatl; pero la fortuna le favorecía en todo.

Estando los tres ejércitos de Alvarado, Sandoval y Christóbal de Olid en sus puestos, Fernando Cortés se embarcó en los bergantines, fue la vuelta de la ciudad de Itztapalapan, a tiempo que Gonzalo de Sandoval la combatía y quemaba. Llegó a vista de un peñol muy fuerte, cerca de aquella ciudad, rodeado de agua, llamado Tepepul y en lo alto mucha gente de guerra, atrincheada con sus mujeres y hijos de los pueblos de la laguna, porque sabían que los primeros encuentros habían de ser en Itztapalapan y estaba allí para socorrerla. Pareció a Fernando Cortés revolver sobre aquel cerro, porque de allí le daban mucha grita y se esforzaban de ofenderle. Salió a tierra con ciento y cincuenta soldados y habiéndoles propuesto cuanto importaba a la empresa y a la reputación no pasar, dejando atrás aquella gente sin castigo, por la balla que les daban y que ensoberbecidos serían muy perjudiciales y después dificultosos de sujetar, se ofreció de ser el primero en acometerlos, antes que se les juntase mayor número de gente, como sin duda harían viendo que sin echallos de allí pasaban adelante; respondiendo todos, que alegre y animosamente le obedecerían. Embistió el primero y aunque el cerro era agrio y alto, le subieron y ganaron las albarradas; mató los hombres; salvó a las mujeres y niños, aunque hirieron veinte y cinco castellanos, sin que muriese ninguno y esta victoria dio mucho temor a los enemigos, porque tenían aquel sitio por inexpugnable. Con las ahumadas y señales que hicieron los de Itztapalapan y los de el peñol, los de Mexico y los de las otras ciudades de la laguna, como vieron que Cortés entraba por ella y como estaban apercibidos con innumerables canoas, ciertos señores escogieron quinientas, bien armadas y se adelantaron a pelear con los bergantines; las demás iban siguiendo, con muy buena orden. Reconoció Cortés que iban a él y recogido el despojo de el peñol, se embarcó; mandó a los capitanes que estuviesen muy en sí y puestos en orden, porque viendo los enemigos que no acometían, pensando que tenían miedo, ellos desordenados embestirían primero; y yéndose los mexicanos acercando daban grandísima grita; decían muchas injurias; pero a tiro de arcabuz las quinientas canoas pararon aguardando a las otras, que todas venían muy en orden y empavesadas. Estando, pues, las dos flotas paradas, quiso Dios que acudió viento de tierra, por popa, a los bergantines, tan favorable, que parecía milagro y dando gracias a Dios, dijo que mirasen cómo les favorecía y que se aprovechasen de la ocasión; y así con remos y velas, acometieron los enemigos y con el viento contrario se comenzaban a desordenar y huir con grandísima furia. Muchas canoas se trabucaron y echaron a fondo; mucha gente mataron y se ahogó y con el favor de el viento, siguieron el alcance más de tres leguas, hasta

encerrarlos en las casas de Mexico; prendieron muchos señores y caballeros y otra gente, y la multitud de las canoas, huyendo, se estorbaban y trabucaban unas a otras; y con esta victoria quedó Cortés señor de la laguna. Aquí dice fray Bernardino de Sahagún, que después que el capitán hizo sondar la laguna y se puso en el puesto de Acachinanco, envió a llamar al señor de Mexico y principales, con palabra y fe de seguro, para hablarles y darles las razones, por qué les quería dar guerra, que eran bastantísimas para hacerla; y para que entendiesen que ellos eran los culpados en este caso y no los españoles, sin que hubiese doblez, ni traición, ni tiranía. Oyó el rey lo que Cortés le envió a decir; y por ventura, por no parecer cobarde, obedeció; y juntando los señores de su consejo y otra mucha gente de la nobleza mexicana, salieron de sus alojamientos, muy rodeados de sus capitanes y nobles y, metidos en canoas, se fueron por agua hacia el lugar donde estaban los bergantines y envió a decir a Cortés cómo iba; y cuando iba llegando, hizo Cortés a la gente de su bergantín que lo guiasen a la parte por donde el rey Quauhtemoc venía; y así, apartado de los demás y Quauhtemoc con pocas canoas, que le fueron acompañando hasta casi abordar, se saludaron, cada cual a su usanza, muy cortesanamente y luego Cortés, por lengua de sus intérpretes, comenzó su razonamiento de esta manera:

Rey y señores mexicanos, yo estoy determinado, con mis compañeros los españoles y amigos de los de Tlaxcalla, a daros guerra, donde habrán de acontecer cosas graves y temerosas de oír; pero no se excusan y esta guerra ha tenido principio de enojos, de cosas que no están bien entendidas de vuestra parte y queréisnos culpar en lo que no tenemos culpa, habiendo sido nosotros los injuriados y afrentados y maltratados de vosotros y muertos muchos de los nuestros y robadas nuestras haciendas sin razón y sin justicia. Sabed señores míos (y sé que no lo ignoráis) que mi venida a esta ciudad, como yo os lo dije, no fue para tomaros vuestra ciudad, ni haceros guerra, sino para averiguar las quejas y agravios que nuestros amigos los tlaxcaltecas nos contaron que les habíades hecho; y para averiguar con quietud quién tenía la culpa de estos agravios y malos tratamientos de que os acusaron, vine a esta ciudad, como visteis y hablé en este caso lo que oisteis para que, en espacio de algunos días, entendiésemos la verdad de los negocios de que fuisteis acusados; este negocio no se pudo llegar al cabo, ni proceder en él, como era menester, porque me vinieron a llamar de parte de otros españoles, que habían venido de nuevo a la costa de la mar y fueme necesario dejar lo que había comenzado y ir con la mayor parte de mi gente a recibir a los españoles que me venían a buscar; y dejé en mi lugar otro capitán, para que estuviese aquí con los españoles y tlaxcaltecas que dejé, y hablé al señor Motecuhzuma y sus principales mexicanos para que, entre tanto que yo volvía, estuviesen con toda paz y amistad; y de esta misma manera hablé al capitán que yo dejé, y a todos los españoles y a nuestros amigos los de Tlaxcalla, para que no se perturbase la paz y el sosiego hasta que yo volviese; y de esto muchos de los que estáis presentes sois testigos.

Después que yo me partí, a pocos días, se dijo que el capitán que dejé, que es Pedro de Alvarado (que está aquí presente), a traición y sin habérsele dado ninguna ocasión os acometió de guerra, en una fiesta que hacías a vuestro dios Huitzilopuchtli y que allí mató y destruyó toda la flor mexicana y luego, antes que los españoles se recogiesen, acudió tanta gente de guerra contra ellos, que les fue necesario recogerse a su fuerte y encerrarse en las casas reales, donde yo los había dejado; y esto señal fue que el negocio de esta guerra había comenzado sobre pensado, para imputar la culpa de este hecho a mi capitán y españoles. Comenzasteis a publicar que ellos a traición os habían acometido, sin que tuviesen ninguna ocasión de hacer lo que hicieron; y esto no es así porque venido que fui yo, inquirí luego de este negocio, cómo había pasado y hallé que vosotros estábadeis concertados de matar en esta fiesta dicha a mis españoles, e indios amigos, que os dejé encomendados; y como supieron esto muy de cierto, adelantáronse ellos a hacer lo que hicieron.

También nos achacáis la muerte de Motecuhzuma y no es verdad, porque saliendo a las azuteas a mandar a los mexicanos que cesasen de pelear, aunque iban arrodelándole y guardándole los españoles no solamente no le quisisteis obedecer, pero deshonrásteislo a él y a nosotros y le tirasteis de pedradas, de manera que lo heristeis y murió de la pedrada que de vosotros recibió; y no solamente no cesasteis de pelear, mandandooslo vuestro rey y señor, pero comenzasteis a pelear muy fuertemente contra nosotros, quitándonos los bastimentos; y cuando yo vine, aunque supisteis que venía y me visteis entrar en la ciudad, no hubo hombre que me hablase, ni me quisiese ver, y como entré donde estaban los españoles muy maltratados, ninguno de vosotros quiso verme, ni saludarme y mandandoos que cesásedeis de darnos guerra y rogandoos que nos diésedeis bastimentos, no lo quisisteis hacer, sino que añadisteis mayor diligencia, así en pelear, como en quitarnos la comida, y en matar a los que nos daban algunos bastimentos, abscondidamente; de manera que tuvimos necesidad de salir huyendo de noche de donde estábamos y salir como pudimos con muertes de muchos españoles e indios amigos y con robarnos cuanto teníamos y nos fuisteis dando alcance hasta los términos de Otumpa, donde de tal manera nos acosasteis y afligisteis y cercasteis de todas partes, que si Dios, milagrosamente, no nos defendiera, no libráramos de vuestras manos y muriéramos todos, como lo deseábadeis. Todas estas cosas y otras muchas, que callo, hicisteis contra nosotros, como gente idólatra y cruel y ajena de toda justicia y humanidad; y por tanto os venimos a dar guerra, como a gente que no habéis tenido razón, de la cual no cesaremos, hasta que venguemos nuestras injurias y echemos por tierra a los enemigos de Dios, idólatras que no tienen ley de proximidad, ni de humanidad, para con sus prójimos; y esto se hará sin falta ninguna.

Oyeron con atención los mexicanos el razonamiento de el capitán Fernando y como ya estaba determinada la guerra entre ellos, no respondió nada Quauhtemoc a sus razones, pareciéndole excusadas excusas y que la verdad de el caso lo podían determinar las manos; y así grave y severa-

mente dijo, que aceptaba la guerra y que cada cual hiciese por defenderse; y con esto se apartaron los unos de los otros y Fernando Cortés se fue a su pueblo de Acachinanco y el rey Quauhtemoc se metió en la ciudad, cada cual de los dos, con los suyos, deseando la victoria de la guerra que esperaban.

Christóbal de Olid, que estaba con el ejército de Coyohuacan, teniéndole muy apercibido, estaba a la mira de lo que pasaba en la laguna; y luego, como se supo el estado de la guerra y como se había aplazado sin medio ni condición alguna, entró por la calzada, llevando por agua, casi en conserva, los bergantines que iban por la parte de la calzada, en contra de la ciudad y iban como haciendo un mismo cuerpo de ejército, porque iban en el parejo de los bergantines los rodeleros, para resistir los dardos y flechas de las primeras rociadas. Llegaron con este orden a la primera trinchea, que estaba en el barrio de Xoloc y con una pieza grande de artillería que dispararon, con munición, cuatro veces, se la echaron por tierra y se la ganaron; y aquí salió gran número de canoas, las cuales fueron presto desbaratadas con los bergantines, y los mexicanos huyeron, quedando muchos muertos y ahogados. Y ganado este paso, pasaron a otro llamado Huitzillan, donde se habían hecho fuertes en otra que habían fortalecido con más cuidado y prevención; pero ganáronsela, como la primera, con mucho daño de los mexicanos; y de esta manera derribaron muchas trincheas y tomaron muchas puentes; y con el favor de los bergantines, que iban cerca de la calzada (como hemos dicho), los tlaxcaltecas seguían los enemigos, muchos prendían y muchos mataban; otros huyendo se echaban al agua, de la otra parte de la calzada, por donde no iban los bergantines; y más de una legua se fue siguiendo esta victoria. Habiéndose recogido las canoas en las casas de Mexico, saltó Fernando Cortés en tierra, con treinta hombres, para ganar unas torres de ídolos, con sus cercas bajas alrededor, de cal y canto; y aunque los mexicanos las defendieron, se las ganó. Mandó sacar tres piezas de artillería; y porque la media legua de la calzada, hasta la ciudad, estaba llena de gente y de la una y otra parte muchas canoas, mandó asestar una pieza, que disparó por medio de la calzada, matando infinita gente, porque estaba cuajada de ella; y con esto se retiraron todos por entonces. Quemóse la pólvora por descuido del artillero; y luego fue un bergantín a Itztapalapan, que era dos leguas, por más pólvora. Y pareciéndole que no convenía desamparar el sitio de la torre que había ganado, determinó Cortés quedarse allí y enviar por gente a los ejércitos de Sandoval y Christóbal de Olid y tener cabe sí los bergantines. Pareció a los mexicanos que hallarían a los castellanos con el cansancio del día pasado, dormidos y descuidados, si los acometían a media noche; y así lo concertaron, aunque contra su costumbre; fueron muchos a ello por la calzada y en canoas; y como ellos nunca hacen nada, sin vocería, fueron luego sentidos de Cortés, que estaba muy vigilante; hacían en ellos gran daño los tiros de los bergantines, el arcabucería y las ballestas, porque como eran infinitos, no iba tiro en balde, ni sus flechas alcanzaban cuanto los arcabuces y ballestas. Visto el daño acordaron de retirarse ha-

biendo trabajado en este reencuentro mucho Alonso de Ávila y Martín López.

En llegando el día, salió gente sin número a pelear por la calzada y por el agua; y con el socorro que llegó a Cortés de Coyohuacan, los apretó de manera que los encerró en las primeras casas de Mexico; mató infinitos; ganóles una puente que tenían muy fortificada; y porque del otro lado de la calzada, adonde no andaban los bergantines, los indios ofendían mucho, tirando piedras, varas y flechas, Fernando Cortés la mandó romper y pasar cuatro bergantines, con que los dos lados de la calzada quedaron guardados; y de esta manera iban siguiendo las canoas y entraban en la ciudad y quemaban algunas casas; y por la calzada, que corre de legua y media, desde la tierra firme de Itztapalapan a Coyohuacan, fue por ella con todo su campo, Gonzalo de Sandoval; y a un cuarto de legua llegó a una pequeña ciudad, que también estaba en la laguna, adonde le hicieron resistencia los indios; peleó con ellos, venciólos y quemó la ciudad; y estando la calzada rota, envió Cortés dos bergantines, con que hicieron puente y pasaron. Llegada la gente a Coyohuacan, Sandoval fue a ver a Cortés, hallóle peleando; quiso él también menear las manos y con una vara tostada le atravesaron un pie. Retiráronse los enemigos, por el daño que recibían de la artillería, de las escopetas y de las ballestas. De esta manera se peleó seis días sin descansar y los bergantines, por diversas partes, quemaban las casas de la ciudad y hallaron canal por donde rodearla y entrar en lo grueso de ella, con que las canoas, con un cuarto de legua, no se acercaban a los ejércitos, si antes con la multitud ponían espanto.

Pedro de Alvarado avisó a Fernando Cortés que por la parte de Tepeaquilla, por una calzada que iba a unas poblaciones de tierra firme y por otra pequeña, que estaba junto a ella, entraban y salían los mexicanos en la ciudad y que creía, que viéndose apretados, se irían por allí; y aunque Fernando Cortés deseaba esto, por poderse mejor aprovechar de ellos en el campo, ordenó que Gonzalo de Sandoval, aunque estaba herido, fuese a poner su ejército en un pueblo, adonde iba a salir una de las dos calzadas; y en una calzadilla, que estaba quebrada en algunas partes, entre Sandoval y Alvarado, se pusieron Christóbal Flores y Gerónimo Ruiz de la Mota, con sus bergantines; y así quedó acabada de cerrar la ciudad; por lo cual determinó Fernando Cortés de hacer una entrada en ella; y porque las ciudades de Huitzilopuchco (que es ahora San Mateo), la de Mexicatzinco, Cuitlahuac y Mizquic, que se habían rebelado, no le diesen por las espaldas, dejó diez de a caballo, con diez mil indios amigos que le guardasen el paso y ordenó a Pedro de Alvarado que también, al mismo tiempo, acometiesen la ciudad. Entró, pues, Fernando Cortés por la calzada a pie, delante de su gente; topó luego con los enemigos, que defendían una rotura que habían hecho en la calzada, guardados de una trinchea; peleóse gran rato, porque la defensa estaba bien hecha y los indios eran muchos y peleaban con rabia; pero los castellanos los apretaron tanto que se la ganaron.